APERTURA

DEL

CURSO ACADEMICO

DE 1864 A 1865

EN LA

UNIVERSIDAD DE OVIEDO.

OVIEDO: 1864.

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMPAÑIA,
calle Canóniga, número 18.

3.

DISCURSO INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DE ESTA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE OVIEDO

pronunció

el 1.° *de Octubre de* 1864

EL DOCTOR D. FRANCISCO FERNANDEZ CARDIN,

VICE-RECTOR DE LA MISMA,
DECANO DE LA FACULTAD DE SAGRADA TEOLOGIA Y CATEDRATICO DE FUNDAMENTOS
DE RELIGION Y LUGARES TEOLÓGICOS.

OVIEDO: 1864.

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMPAÑIA,
calle Canónigo, número 18.

ILMO. SEÑOR:

El estado de la Facultad á que me glorío de pertenecer, y la voluntad de nuestro muy digno jefe, que siempre respeto y acato, de conformidad con las disposiciones del Reglamento, me ponen en el sensible caso de ocupar muy á menudo vuestra atencion, y la del distinguido público que viene á honrar con su presencia este acto tan solemne.

Sensible he dicho, y con verdad pudiera añadir penoso; ya porque de sentir es que voces mas autorizadas que la mia se dejen de oir con mas frecuencia en este ilustrado recinto, ya porque dificultad no pequeña cuesta hallar y desenvolver un asunto tan digno de esta cátedra como de vuestra elevada atencion, sin que exceda al mismo tiempo las facultades del que dice. Sobre todas estas consideraciones, no obstante, se halla la de un imperioso deber; y sabido es que ante las prescripciones de este, deben ser acalladas las efímeras exigencias del amor propio. Cuento, pues, con vuestra atencion é indulgencia.

Penetrada la razon humana de su alta dignidad, haciendo reflexion sobre sí misma, y colmada de entusiasmo por haber adquirido la conciencia de una actividad tan vasta que la permite lanzarse á las regiones de donde todo ser trae su orígen, despues de haber penetrado en la inmensa profundidad donde se ocultan los misterios de la vida, se levanta orgullosa, á vista del campo dilatado que á su imaginacion y al ejercicio de sus facultades se presenta; y no satisfecha aun con imitar el ejemplo de la tan sublime como infeliz criatura, que en su corazon decia: "*Subiré al cielo, sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio... semejante seré al Altísimo*" (1), lleva su audacia increible hasta el punto de juzgarse identificado con El, ó de negar su existencia. En los espacios que recorre para llegar á tan osada manifestacion no hay ciencia de que no abuse, no hay criterio que deje de resistir, no hay verdad que no combata. Es la negacion de todo principio el resultado de sus investigaciones; y despues de haber ofrecido al mundo un foco de luz que hiciese desaparecer toda oscuridad, toda ignorancia, por un efecto tan natural y necesario, como diametralmente opuesto, ha hecho cuanto de su parte está para introducir en el mundo el error, la negacion, las tinieblas. Cual otro nuevo Icaro, intentando elevarse sobre la region de los espíritus en alas que no resisten la accion del sol, apenas se levanta, cuando derretidas estas por el calor del astro luminoso, es sumergido en las olas de que no se verá libre, pagando de este modo su atrevimiento loco. Asi lo paga siempre quien, valiéndome de otra comparacion mas exacta por ser Divina, desoye la voz del que incesantemente grita : "*Saule... Saule... Du-*

(1) Isaías cap. XIV. v. 13 y 14.

rum tibi est contra stimulum calcitrare" (1). El edificio levantado sobre débiles cimientos se derrumba por su peso; y esta ley mecánica, apropiada sin excepcion á toda clase de construcciones arquitectónicas, tiene igual aplicacion á los monumentos científicos erigidos sobre bases faltas de conveniente solidez.

La razon sola, tomada como base de las ciencias, en vez de ilustrar confunde: la razon cristiana levanta las inteligencias y salva la sociedad.

Admirables son I. S. las fuerzas de la razon humana. Destello grandioso del soplo Divino que inspiró en la faz del hombre el espíritu de animacion y vida, nació para dominar con inteligencia y saber cuanto la tierra y los mares encierran en su estension; y como si esto fuera poco, alcanza á medir la latitud de los cielos, sin que á su profunda mirada se oculten la naturaleza y movimiento de las esferas celestes. Ella explora la naturaleza, sondea las inmensidades del espacio, registra y mide el mundo microscópico, descubre las leyes por las cuales se rige el universo, combina las fuerzas de los elementos, y por resultado de sus investigaciones, ofrece á la humanidad los tan útiles como sorprendentes inventos de la brújula, el vapor, la electricidad y otros mil capaces de alterar el órden material de las sociedades cambiando sus productos, sus exigencias, sus necesidades y sus hábitos. ¡A tanto llega el poder de la razon humana! Y si sobre esto contemplamos atados á su carro triunfal los elementos, hasta el punto de trazar camino á la exhalacion que arranca de las tempestades, nos parece vislumbrar en ella cierta capacidad creadora, no difícil de confundir, por entendimientos ligeros y que se

(1) Act. cap. IX. v. 4 y 5.

dejan guiar por apariencias, con la capacidad del mismo Dios.

En medio de tanta grandeza, no admira menos, sin duda, la pequeñez que manifiesta en puntos de mas vital interés que todos los mencionados. Y digo de mas vital interes, porque no me negaréis lo tiene infinitamente mayor cuanto dice relacion á los tres órdenes que, por su alta dignidad, por su no menos elevado espiritualismo, forman las costumbres, regulan los deberes y derechos sociales y establecen las relaciones debidas entre la nada y el ser, entre la criatura y el criador, entre el hombre y Dios. *La moral*, *la sociedad*, *la religion*: hé aqui las tres series de conocimientos en que la razon humana, abandonada á sus propias investigaciones y sin la enseñanza cristiana, se manifiesta poco idónea, ó impotente diré mas bien, para resolver los problemas que tan estrechamente se relacionan con su ser, con su orígen, con su estado, con su fin y con los medios indispensables para llegar á este.

Conviene á mi propósito, á fin de proceder con exactitud, hacer dos advertencias que espero no echéis en olvido. Es la primera que, por nombre de razon sola, no entiendo la facultad de recibir instrucciones ó de conocer la verdad cuando se nos propone, sino el entendimiento del hombre auxiliado con todas las facultades y criterios propios de la naturaleza racional: es decir, con todas las fuentes de donde emana para nosotros el conocimiento de la verdad, como son el criterio de propia conciencia, de evidencia, de sentido comun, de sentidos externos y de humana autoridad. Y por razon cristiana quiero significar la misma facultad iluminada por la verdadera fé, tal como la que tuvieron los Patriarcas, como la que el catecismo nos enseña.

Ahora bien: que la razon sola, tomada como base de las ciencias moral, social y religiosa, en vez de ilustrar confunde, lo dicen seis mil años que van corridos desde que aquella se emplea en la enseñanza de los hombres. Porque confusion es el desórden y perturbacion en las ideas; y confundidas y sin concierto se hallan estas en todos los sistemas morales, sociales y religiosos que no reconocieron otra guia que la de la pura razon. Tiéndase, sino, una rápida ojeada sobre todos los pueblos del universo, y muy particularmente sobre aquellos en que, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, las diferentes escuelas filosóficas, ó llamaremos racionales, intentaron dirigir al hombre formando su corazon, regular las sociedades, y señalar el fin último, así como el orígen de todo ser inteligente y racional; y veréis las mayores contradicciones, los mas incalificables absurdos, los delirios, en fin, de imaginaciones extraviadas en sumo grado.

Dejando aparte las filosofías de la India, de la China, de la Persia, de los Caldeos y Egipcios, que si algo contienen de notable, en medio de infinitas aberraciones, es la huella que allí dejaron las tradiciones primitivas; fijemos nuestra consideracion sobre las escuelas y academias de la Grecia y de la Italia, que tanto renombre han dado al Occidente de la Europa, y de las cuales nuestros racionalistas, que se precian de inventores, han tomado las ideas que quisieran adoptasemos por nuevas.

Al lado de los grandes descubrimientos físicos, matemáticos y astronómicos de Thales de Mileto, de Anaximeno y de Pitágoras, veréis el nécio panteismo de Xenofanes y Parmenides, resucitado en el siglo XIII por Amaury de Chartres y su discípulo Dinam, en el XVII por Spinosa, y en nues-

tros dias por los ciegos entusiastas de un sistema que no comprenden, que no son capaces de comprender, y que han bebido en las cenagosas fuentes del *crítico de la razon pura*, y de sus comentadores Fichte, Schelin, Hegel, Jacobi y Krause. Veréis el grosero materialismo de Epicuro, precedido por la escuela cirenaica, renovado en el siglo precedente por el patriarca de Ferney y el ciudadano de Ginebra, cuyas obras glosadas y aplaudidas por multitud de discípulos que se llaman á sí mismos *ilustrados*, solo respiran embriaguez, libertinage, completo embrutecimiento de la razon oprimida bajo el peso de goces saturnales. Veréis, finalmente el desconsolador escepticismo de Jenofanes, Parmenides, Zenon y otros fundadores de la escuela eleática, cuyos trabajos científicos, continuados por Demócrito y Protágoras, llegaron en Pirron á formular, con sus diez tropos ó motivos para que el alma suspenda el dar su asenso, el código verdadero de la *duda universal*, adoptado despues por Sexto Empírico, Montaigne, Bayle, Hume y demas filósofos del siglo XVIII, que añadieron al Deismo enciclopédico la *Sabiduria de la duda.*

A poco que se reflexione sobre los sistemas que acabo de delinear y que forman en conjunto los descubrimientos de la razon abandonada á sus propias fuerzas, fácilmente se percibe, que en ellos la naturaleza humana, ó se levanta demasiado, ó queda en extremo abatida. Con el panteismo el hombre se diviniza: con los materialistas y escépticos se confunde con los brutos, con las plantas, con los parásitos que carecen de propia sávia. La religion, la moral, la sociabilidad del panteista son palabras sin sentido, sonidos articulados que lo mismo pueden indicar la ficcion que la realidad, el órden que el caos: ó mas bien pudiéramos ase-

gurar que en el panteismo no hay órden; porque este lleva consigo el concierto y debida colocacion de las partes; y donde solo hay unidad el órden es un absurdo. En el panteismo no hay Dios. Hay la naturaleza, hay una fuerza secreta y expansiva múltiple en las formas en que se desenvuelve; pero no un Ser Supremo, inteligente é infinito, creador, conservador y fin de todas las cosas. En el panteismo no hay libertad de albedrío; porque este precioso don, que ninguna fuerza humana es capaz de arrebatarnos, que conservamos intacto en medio de las persecuciones, del tormento y de la misma muerte, nos es cruelmente arrebatado por las *leyes inmutables* que rigen las *manifestaciones necesarias de la única sustancia.*

Oirémos, es verdad, á los corifèos de esta secta, lo mismo que á sus numerosos afiliados, hablar de Dios, de religion, de libertad y de progreso: de emancipacion de la conciencia, de la razon, del hombre y de la sociedad; mas todo este lenguaje traducido á su verdadero sentido, no significará otra cosa que la negacion de Dios, de la conciencia, del hombre, de la sociedad y de todo racional progreso. Y bien: ¿sobre un sistema de puras negaciones podrán sostenerse y menos fundarse la religion, la sociedad y la moral? Tan incomprensible, por lo absurdo, seria esto, como iluminar al mundo con una antorcha apagada, ó edificar un palacio de granito sobre la espuma del mar.

Es el materialismo, solo por un contrasentido llamado filosofía, reliquia decrépita del tan escaso de entendimiento como de corazon corrompido, Epicuro, la lógica de las sensaciones exclusiva del órden intelectual, el nihilismo de todo lo que no sea materia y movimiento, la negacion de la providencia, el fin de todo por la muerte, el placer única regla de lo honesto, de lo lícito, del deber,

de la moral. "*Gozad con moderacion para que podais gozar por mas tiempo y mejor.*" Hé aqui la recomendable sentencia del epicureo, cuya perfeccion ideal se hallaria en aquel hombre que mejor supiese contentar su estómago, proporcionándose á la vez el mayor número de comodidades. *Epicuri de grege porcos*, dijeron los antiguos; y la misma aplicacion de tan degradante apotegma pudiéramos hacer con razon á los modernos sibaritas, cuya gloria suprema está en el contentamiento absoluto de sus tan refinadas como bastardas pasiones. Llevada á tal extremo la degradacion de la razon, fácilmente se concibe que el género humano sin Dios, sin conciencia y sin moral, pronto se veria convertido en tribus semejantes á aquellas de que los viageros nos dan cuenta, cuyas costumbres sociales vienen casi á confundirse con las costumbres del mono.

Y no se diga que el estado de nuestra adelantada civilizacion habrá de impedir semejante retroceso; que las ideas avanzan; que la humanidad camina rápidamente por las vias del progreso, sin que obstáculo alguno sea suficientemente poderoso para contenerla en su marcha. Los que así hablan, constituyéndose fieles ecos de otras voces que se han repetido mil veces en el transcurso de los siglos, y que otras tantas fueron desmentidas por los hechos, ó no saben lo que dicen, ó si tienen conciencia de lo que hablan y escriben, es que la han formado tomando en cuenta solamente una clase de datos, cuando eran necesarios otros para la resolucion del problema. Con ferro-carriles, globos y telegrafía eléctrica puede muy bien la Europa ser convertida en desierto como los desiertos de Africa; y sus magníficos palacios y jardines, y sus trenes y sus carrozas en lo que se han convertido los trenes y las carrozas, los jardines, los palacios y los templos del Egipto, de Babel, de Pentápolis,

de Tiro, de Cartago y de la antigua ciudad "*gozo de toda la tierra*," segun el profeta Jeremias (1), la inmortal Jerusalen.

El mundo adelanta, lo concedo, porque veo y admiro las invenciones del vapor y la electricidad con sus no menos admirables consecuencias; porque no he perdido la esperanza de ver, ó de que vean las siguientes generaciones, al hombre dominar los vientos como domina las aguas, la tierra y el fuego; y porque veo que los hombres se reunen y se asocian para hacer siquiera sus penalidades mas llevaderas y su bienestar mas seguro. Concedo el progreso tendiendo un velo sobre la miseria que nos circunda, sobre la mayor miseria que tan de cerca nos amaga, sobre la horrorosa miseria y calamidades que del uno al otro polo gravitan sobre la triste humanidad, encorbada bajo el peso de los proyectiles que arrojan los cañones de Astrong, y temerosa de despertar un dia al eco siniestro de los víctores del tan demente como trastornador socialismo. Concedo el progreso conducido en triunfal carro por hombres que se parecen á máquinas, aunque las artes y las letras no nos ofrezcan Rafaeles, Tasos ni Cervantes. Concedo el progreso, por último y contemplo, aunque sea en lontananza, convertido en un valle de delicias lo que todos aprendimos á considerar como valle de miserias y de lágrimas. ¿ Y qué ? ¿ Habrémos adelantado mucho con esta concesion ? Atended y reflexionad. Hubo un rey grande en el poder, mayor en sabiduria: edificó casas, plantó viñas, hizo huertas y vergeles, adornados de toda especie de árboles que á su tiempo fructificaron: poseyó siervos y siervas y tuvo mucha familia: tambien ganados mayores y numerosos rebaños: amontonó plata y oro y toda especie de riquezas, superando á todos cuantos

(1) Tren. 2.º 15.

allí reinaron antes de él: nada negó á sus ojos de cuanto desearon, ni vedó á su corazon que gozase de todo placer y se deleitase en las cosas que habia aparejado. Era un hombre que habia llegado, si posible es, al término de su bienestar material. Y este hombre, contemplando sus obras, sus goces y su bienestar, confiesa que nada mas ha visto en todo que "*vanidad de vanidades* y *aflicion de espíritu, necedad, tormentos del corazon.*" Ved cuál es el resultado final del material progreso. Pues aquel rey era un rey de Jerusalem: era Salomon; y quien nos lo refiere es la Sagrada Escritura.

El mundo adelanta, sí; mas no quisiera turbar vuestra ilusion al deciros, que en todo su progreso tiene mas parte la medida por metros que por ideas: que los adelantos del espíritu no corresponden á los de la materia: que el Deismo y materialismo con toda la cohorte de goces y de sensualidad amenaza derrocar la verdadera civilizacion, que consiste en mantener el equilibrio entre las fuerzas del cuerpo y el poder de la razon, ó mas bien en que esta domine á aquellas.

Resta por examinar el sistema de la duda, ó el Pirronismo entronizado en las escuelas del siglo próximo anterior apellidado de las luces, y que mas bien pudiéramos llamar el siglo exhumador del antiguo escepticismo, con todos los agregados que la razon delirante ha ofrecido en el discurso de los tiempos al hombre observador. ¿Sabéis cuál ha sido el designio concebido por los filósofos que acabo de mencionar? Pues en opinion de un célebre escritor (1) se reduce á que "*el Univer-*"*so estuviese sin Dios, el hombre sin alma, la reli-*"*gion sin creencias, la moral sin regla, la potestad* "*suprema sin inviolabilidad, el matrimonio sin fir-*

(1) Delalle. Curso de controversia católica, traducido del francés por una sociedad de literatos. tom. 2.º pág. 216.

„*meza, la magistratura sin dignidad, el ejército „sin disciplina, la vida sin freno y la muerte sin „esperanza*"

Al siglo XIX toca recoger los frutos de la semilla esparcida en el anterior; y contando con hábiles agricultores como lo han sido Kant y su numerosa clientela, y con propagadores entusiastas que asienten á lo que ignoran, fundados *in verbo magistri*, por mas que se précien de *espíritus independientes*, no puede dudarse que la cosecha debe ser abundante en sumo grado. Y lo es, por desgracia, en efecto. Díganlo sino tantos y tantos miserables, cuando no mercenarios escritores, que ensalzan el poder de la materia, aunque nieguen por otro lado su realidad objetiva: que hacen infinito al *yo*, aunque le consideren una pura idealidad: que divinizan nuestra razon, aunque contesten con un *¿quién sabe?* al que les pida explicaciones sobre la naturaleza del alma: que tratan de civilizar los pueblos y de restituirles sus *inalienables derechos*, aunque depriman al hombre hasta convertirle en bruto: y que niegan la divinidad de Jesucristo aunque ofrezcan incienso á Renan.

Tales son los frutos que la razon humana, por sí sola, ha producido en la dilatada série de los tiempos que nos precedieron; y tales son igualmente los que en la actualidad produce. Panteistas, materialistas, escépticas, aunque con nombres alguna vez distintos, fueron las escuelas filosóficas que desdeñan toda enseñanza que no venga de la razon pura; y panteismo, materialismo y escepticismo respiran cuantos intentan ser guiados en sus especulaciones científicas por sola la luz de la razon. Si, pues, la religion, la sociedad y la moral carecen de base en los enunciados sistemas; y sinó es menos cierto, como hemos in-

dicado, y como el sentido comun lo dicta, que á la falta de religion y de moral sucede el caos, aparece demostrado que *la razon sola considerada como base de las ciencias, en vez de ilustrar confunde.*

Si el tiempo nos permitiese recorrer, someramente siquiera, el largo catálogo de filósofos cristianos que, empezando por Moises, forman una jamás interrumpida cadena, cuyos últimos anillos ejercen el mismo oficio, que aquel autor divinamente inspirado les enseñó con su ejemplo, ninguna otra prueba seria necesaria para manifestar que *la razon cristiana levanta las inteligencias y salva la sociedad.*

¡Moises, los Profetas, los Apóstoles......! Sábios del mundo, legisladores de los pueblos: ¿habeis encontrado alguna vez inteligencias tan sublimes como la del caudillo del pueblo de Israel, la del cantor de los Salmos, del autor de la Sabiduría, del tan opulento como abatido y miserabilísimo Job, y la del Angel de la Isla de Pathmos? ¿Registrais en vuestras historias pueblos mejor dirigidos, sociedad mas arreglada, que el pueblo de las doce tribus, que la sociedad cristiana, cuando aquel y esta dóciles atendian á la voz de sus Reyes, de sus Pontifices, de los encargados de velar por que sus hijos no fuesen contaminados con los vicios de Sodoma, de Gomorra, del Egipto y de la moderna Babel?

Pues la razon levantada de aquellas lumbreras del mundo es la misma razon que, auxiliada por la fé, hará por siempre célebres, en los fastos de la historia del saber, á los Clementes Romanos y Alejandrinos, á los Agustinos, Gerónimos é Isidoros, á los Damascenos, Anselmos, Bernardos

y Buenaventuras, y al enciclopédico maestro de las escuelas cristianas, llamado por antonomasia el Angélico Doctor. En estas limpias fuentes, en estos copiosos manantiales, se han nutrido los claros ingenios de Descartes y Leibnitz, de De-Maistre y de Bonald, de Bossuet y Fenelon, de Balmes, Fraysenous, Wisseman y Padres Ventura y Felix, cuyas inmortales producciones serán legadas á la posteridad con igual, sino mayor recomendacion, á la que llevan consigo las bellas obras que, aunque de distinto género, han sido tambien inspiradas en el catolicismo de Rafael, Miguel Angel, el Ticiano, Palestrina y Pergoleso. A todos aquellos nombres esclarecidos bien pudiéramos añadir los de nuestros ilustres compatricios, los Luises de Granada y de Leon, la incomparable Santa Teresa de Jesus, San Juan de la Cruz y otros que, con el inmortal Cervantes, honra y prez de las letras españolas, han sido participantes de los raudales de doctrina vertidos en nuestra patria por los Leandros, Isidoros, Ildefonsos y Fulgencios; y maestros á la vez, en el sagrado decir, de los distinguidos oradores del vecino imperio Bossuet, Massillon y Bourdalue.

Comparad ahora, críticos de la razon, ciegos entusiastas de una filosofía descreida; comparad doctrina con doctrina, ciencia con ciencia, religion con religion y virtudes con virtudes. ¿Osaréis sostener el parangon? Pues antes que esto suceda convenid en establecer, que sobre la concordia y unidad inseparable de la verdad está la divergencia y oposicion del error, sobre el culto de un Dios puro el de la Diosa Razon ú otras infames Divinidades, y sobre los actos heróicos de virtud doméstica y civil las acciones mas impuras y el antisocial espíritu de contínua rebeldía.

Los rayos de luz estendidos en el mundo por la

razon cristiana, fueron reunidos, por influjo de la misma, tan luego como las circunstancias lo han permitido ó reclamado, en determinados puntos que sirvieren de focos destinados á iluminar y difundir perennemente la claridad en el humano entendimiento. Las universidades: esos centros literarios donde se albergan todas las ciencias, fecundo gérmen de varones distinguidos en cuantos ramos alcanza el humano saber, á la razon cristiana deben su establecimiento y conservacion. Porque los Romanos Pontífices, los primeros siempre en abrir senda á los grandes descubrimientos científicos, siguiendo el ejemplo del famoso Gerberto, despues Silvestre II, honra del siglo comunmente llamado de hierro (quien, ademas de haber establecido cátedras de matemáticas, astronomía y geografía, escribió varios tratados de geometría, y uno de construccion de la esfera); los Romanos Pontífices, digo, penetrados de la gran utilidad que á la religion y á los Estados debia reportar la ereccion de grandes academias, donde tuviese lugar lareunion de lo mas ilustre en la ciencia y el talento, no dudaron en interponer su autoridad para fundar, honrar con distinciones y colmar de privilegios aquellos asilos de erudicion y doctrina.

Desde las universidades de Oxford y de Cambridge, fundadas en los siglos IX y X, hasta la nuevamente instalada de Lovayna en 1834 por favor y proteccion del sapientísimo autor del *Triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia*, Gregorio XVI, las naciones de la Europa han experimentado el insigne beneficio de ver establecidos en muchos de sus pueblos, con anuencia y favor del Padre comun del cristianismo, aquellos planteles de instruccion; y la Nacion Española, que contaba en nuestros dias con el número de veinte, puede gloriarse, y no poco, de haber sido una de las mas favorecidas en este género.

Del seno fecundo de estos establecimientos científicos han brotado siempre talentos sublimes que, con su voz y sus escritos, confundieron los sectarios del error y contribuyeron de una manera admirable al sosten de la Iglesia y del Estado; y á ellos debemos, asi como á otras Academias ó Instituciones fundadas por la razon católica, la conservacion de la verdad en los tiempos medios, y los adelantos en las ciencias, que tanto renombre han dado al siglo de la Reforma. Oigamos, sobre este punto al tan insigne como malogrado escritor de nuestros dias. ,,*Cual si la Providencia hubiera que-*,,*rido confundir á los futuros calumniadores*, dice ,,Balmes (1) *apareció el Protestantismo precisamen-*,,*te en la época en que bajo la proteccion de un Papa* ,,*se desplegaba el mas vivo movimiento en las cien-*,,*cias, en las letras y las artes. La posteridad que* ,,*juzgarà imparcialmente nuestras disputas, pronun-*,,*ciarà, à no dudarlo, un fallo muy severo contra los* ,,*pretendidos filósofos que se empeñan en encontrar* ,,*en la historia pruebas irrefragables de que el Cato-*,,*licismo embarazaba la marcha del entendimiento* ,,*humano, y de que los progresos de las ciencias fue-*,,*ron debidas al grito de libertad levantado en el cen-*,,*tro de Alemania. Sí: á los hombres juiciosos de los* ,,*siglos venideros, como tambien del presente, les bas-*,,*tarà, para fallar con acierto, el recordar que Lutero* ,,*comenzó á propalar sus errores en el siglo de* ,,*Leon X.*,,

La misma razon cristiana acababa de poner término á la mayor obra que, desde el nacimiento del cristianismo, habia presenciado la Europa. Un hombre misterioso, procedente de la caverna del monte Hera, astuto por naturaleza, engañador hipócrita, vengativo y ambicioso sin término, diciéndose enviado de Dios, concibe el atrevido de-

(1) El Protestantismo comparado con el Catolicismo.

signio de conquistar el mundo. Este hombre no era filósofo, porque prohibia á sus sectarios el estudio de la ciencia: tampoco hacia milagros, aunque sus partidarios se los atribuian á millares, porque confesaba no habia recibido potestad al efecto. Pero dotado de un corazon de hierro y puesto á la cabeza de numerosas huestes, fuertes *como los fuertes de Moab*, abre paso con su espada al código religioso, político y moral que se hallaba consignado en un famoso libro. Sin duda habeis comprendido que aquella figura siniestra no era otra que el fanático Mahoma: que su ley era el Coran: que la conquista llevada á cabo por sus aguerridas legiones se llama la *Irrupcion de los bárbaros africanos*; y que estos consiguieron, despues de haber quemado en Oriente los magníficos palacios y hasta la rica biblioteca de Alejandría, completar con este acto vandálico la ruina de la antigua civilizadora del mundo.

¿Y sabeis la moral que predicaba, la sociedad que trataba de establecer y la religion que enseñaba? Pues abrid el Alcoran, y en él hallaréis la apoteosis de la mas abyecta molicie, la esclavitud y exterminio sin perdon de todos los que él llamaba infieles, y el conjunto informe de las doctrinas judaicas con las de los Arrianos, Nestorianos y Eutiquianos, adornado con los delirios del Talmud, y con cantos sacados de apócrifos libros del Oriente y de las leyendas arábigas.

La temible cimitarra, el apostolado del sable, no obstante, se habia encargado de hacer reconocer por órgano de la voluntad Divina al voluptuoso epiléctico de la Meca; la Europa conmovida por el estrépito de los escuadrones de la Arabia, y fascinada por el cúmulo de placeres que Mahoma ofrecia á sus sectarios, hubiera decaido hasta el estremo de cambiar su civilizacion por la barbarie, á no

ser por el influjo de la cristiana razon. Porque la humana filosofía, impotente de notoriedad para resistir al despotismo de los tiranos, de quienes mas bien se habia constituido aduladora : impotente para desterrar los horrorosos espectáculos del anfiteatro, asi como para impedir en una nacion altiva, la Francia, que un número considerable de personas envilecidas se disputasen el honor de postrarse á los pies de la abominable Catalina II : impotente, sobre todo, para corregir un vicio, y menos domar las pasiones, nunca hubiera resistido al poder y desenfreno de las hordas africanas.

Y no se diga tampoco que la razon protestante hubiera salido victoriosa del islamismo, si aquella hubiese alcanzado á esta en su carrera. No : el principio carnal y fatalista, *el libre alvedrìo siervo*, con la predestinacion absoluta, eran mas á propósito para fomentar la barbarie que para destruirla; y solo se hubieran diferenciado en reconocer por cabeza á un Enrique VIII, á una Isabel de Inglaterra, á un Federico de Prusia, ó á cualquier otro tirano que, investido del doble carácter de pontífice y de rey, ocupase el mismo puesto en que Mahoma se habia colocado.

Estaba, pues, reservado al género de vida que la razon católica abrigaba en los Boecios, Casiodoros, Isidoros, Bedas y Damascenos; á las Academias fundadas y sostenidas por la Iglesia y por los Príncipes Católicos; y á la inquebrantable fé de los habitantes de nuestras montañas que, erigiendo por Lábaro la Cruz, derrotaron en Covadonga los ejércitos de Alcamán, consiguieron arrojar de España, al cabo de siete siglos de pelea, las innumerables legiones de Agár, las vencieron en Italia, las persiguieron en África y destruyeron su flota en las aguas de Lepanto..... á esta fé poderosa, como el brazo del Omnipotente, es debida, repito, y no á la

accion ineficaz de la razon pura, la victoria conseguida sobre el carnal y despótico dominio de los bárbaros.

Otros bárbaros, vestidos con el ropaje de sábios, se proponen, en la época que atravesamos, hacer á los hombres religiosos y morales, y reformar la sociedad, por medio de la juventud, tomando por base de la reforma la razon ilustrada que se jactan de poseer. No nos formemos ilusiones. Fíjense las ideas de los pueblos en la elevacion del *yo*, como suelen fijarlas los apóstoles de la razon pura; en procurar, á toda costa, el bien propio é individual, como lo hacian los Epicureos y Estoicos; y la actividad humana será enflaquecida hasta el punto de verla paralizada; y los lazos domésticos serán rotos, y la sociedad disuelta. Algo deben valer para nosotros sesenta siglos de esperiencia; y esta nos acredita que la sociedad que aspira, como á su objeto mas querido, al placer, á la satisfaccion de los sentidos, no está lejos del escepticismo, infalible precursor de la disolucion. Y que al escepticismo y consiguiente disolucion camina la generacion presente, como todas las que la precedieron, que tomaron por base de sus investigaciones morales, religiosas y sociales la razon hunana, sin contar con otro auxilio superior, lo manifiesta el principio generalmente recibido de que *"las mismas causas producen siempre idénticos efectos."*

La perspectiva, con todo, que nos ofrece una idea tan poco halagüeña, ni es nueva como habeis visto, ni carece del remedio aplicado en cien ocasiones con tanto fruto. Contra el error la verdad: contra la ciencia del bien y del mal, que nos alejó del Paraiso, tenemos la ciencia que nos salvó del Diluvio, que iluminó á los Patriarcas, que inspiró a sublime doctrina y los no menos elevados acens del Cantor del Triunfo de Israel, los del Sal-

mista, del Cantar de los Cantares, de los Trenos y de los encumbrados conceptos del anciano evangelista de la Isla de Pathmos. Y tenemos la ciencia que levantó á la Europa del envilecimiento en que yacia por la invasion de los bárbaros. Contra el dogmatismo de las escuelas Panteistas y escépticas, tenemos la enseñanza de la Iglesia, de las Academias, de las Universidades católicas que con anhelante y esmerada solicitud difunden por todas partes el verdadero saber. Tenemos las Universidades, cuya historia y cuyo brillo no podrian ser empañados por los desvaríos de imaginacion de algun hijo descreido, como jamás fué oscurecido el brillante resplandor de la esposa de Jesucristo porque hubiese alimentado en su seno á los Arrios y Luteros, y hasta al blasfemo Renan. Contra el poder, finalmente, de los Reyes como Achab, tenemos el poder incontrastable del *anciano del Quirinal*, á quien no conmueven los modernos Atilas, y el de una Reina católica que, como la primera Isabel, sabrá empeñar sus adornos para sostener la fé de los españoles y para conquistar á esta, si fuere conveniente, un nuevo mundo.

Con elementos de tan gran valía seguros podemos estar de que el triunfo del error, particularmente en la nacion de Recaredo y Pelayo, si alguna vez llega á triunfar, habrá de ser efímero y de corta duracion. Nosotros, I. S. estamos llamados á combatirla por la ciencia, en cuantos terrenos se presente; y los alumnos de esta escuela tienen el indisputable derecho de exigirnos el conocimiento de la verdad, en lo que la ciencia consiste. Tienen aquel indisputable derecho; y por la reciprocidad que existe entre el derecho y el deber, estamos obligados los que tenemos á nuestro cargo la enseñanza, á darles la posesion de aquella con todos los documentos que la acreditan y sostienen, a u

que los tomemos, á nuestra vez, prestados de la *única autoridad* que existe sobre la tierra, á quien ha sido especialmente encomendado el sublime y trabajoso ministerio de recorrer el mundo y enseñar á las naciones y á los pueblos. Nuestra mision es árdua, delicada y de inmensa responsabilidad. Es árdua; porque el astuto enemigo de la humana felicidad que, desde el Paraiso, viene ofreciendo á los incautos la ciencia del bien y del mal, y con ella una falsa libertad, de que solo el impío goza, pues la libertad para el mal es una libertad impía, se revuelve por todas partes, poniendo asechanzas á la juventud, é intentando con astucia, semejante á la del paradisiaco reptil, comunicar el veneno que abriga en sus corrompidas entrañas. Ni respeta circunstancias, ni considera personas, ni venera instituciones. Por eso los encargados de la pública instruccion, centinelas avanzados en el alcázar de las ciencias, necesitan redoblar su vigilancia para evitar todo engaño. Nuestra mision es delicada y de inmensa responsabilidad; porque los errores, que por nuestra desidia ó culpa se cometan, dañarán en primer término á la juventud que nos ha sido confiada; mas tambien serán otros tantos "*carbones encendidos sobre nuestras cabezas*", que penetrarán con ardor inestinguible hasta el fondo de nuestras almas.

Permitidme I. S. que al terminar este discurso, tomando el nombre de tan ilustrada corporacion, dirija mi voz á nuestros amados escolares.

Jóvenes: dedicaos con afan al estudio de la verdad, por cuanto "*Se volvió atras el juicio y la justicia se puso lejos: porque cayó en la plaza la ver-*

dad, y la equidad no puede entrar. Y la verdad fué puesta en olvido (1).

El Santo Profeta de quien acabo de tomar las palabras que preceden, hablando del abandono ó falta de proteccion divina ,que el pueblo de Israel esperimentaba por efecto de sus maldades, promete al mundo la perpetuidad de su verdad y doctrina, cuyo desprecio y olvido habia dado ocasion á que la justicia fuese violada y que la equidad no hallase puerta por donde entrar. La sociedad cristiana encargada de llevar á cabo aquella promesa, perpetuando entre nosotros la enseñanza de la verdad, en todos los ramos á que esta se estiende, nos ofrece en este dia el espectáculo que nos describe el inspirado autor de los Proverbios. „*La sabiduria,* dice, *edificó su casa, dispuso su mesa, envió sus criados á fin de que llamasen para el alcàzar y los adarves de la ciudad y dijo á los pàrvulos. Venid á mi; y á los sencillos, venid, comed de mi pan* y *bebed el vino que os hé mezclado.*" Aunque las palabras copiadas deben tener aplicacion á otro órden de sabiduria mas elevado, no por eso deja de acomodarse la alegoria al convite con que la ciencia hoy nos brinda; y adoptándolas en este sentido, me atrevo, en nombre de la misma, á repetiros. Venid; ¡Oh jovenes! al domicilio de las ciencias, si aspirais á encontrar un alimento y bebida que os ponga en posesion de la magnificencia, firmeza, esplendor y castos deleites que se derivan de ella; si intentais haceros dignos de la mas alta consideracion; si os proponeis, en fin, contribuir con vuestros esfuerzos á salvar la sociedad del cataclismo de errores que por todas partes la circundan y la amagan de esterminio. Porque la ciencia es la verdad; y no se conoce otra arma para combatir el error, asi

(1) Isaías LIX. v. 14 y 15.

como tampoco es conocido otro remedio que la luz para alejar las tinieblas.

La accion entre estas y aquella, el combate del error y la verdad, del ser y del no ser, data desde el orígen del mundo: pero, sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que en las actuales circunstancias ha llegado la pelea á tal estado de generalidad que ni quedan fuerzas de reserva, ni arma que no se esgrima, ni terreno, en fin, donde deje de librarse la batalla. Porque las negaciones, como bandera de muerte tremolada en el espacio por manos vigorosas, atacan con singular encarnizamiento la moral, la religion, la sociedad; y para salir airosas en su empeño, no creyendo suficientes las armas últimamente ensayadas, han vuelto á resucitar las que ya se consideraban enmohecidas: de suerte que, confirmando la verdad del adagio „*Nihil sub sole novum*," hacen revivir entre nosotros los mismos errores y los mismos argumentos ó sofismas, cien veces condenados y rebatidos por la Iglesia, y otras tantas descubiertos y pulverizados por los hombres de ciencia, cuya memoria se halla cuidadosamente conservada en nuestras academias, herederas de las que aquellos ilustraron, preservándolas de añejos errores, propios de toda filosofía que no se apoya en la fé.

HE DICHO.